

ESTUDIOS

La televisión como problema vital y educativo *

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

Director del Centro Coordinador de Bibliotecas de Soria

LA TELEVISION COMO PROBLEMA

Tras de la invención de la imprenta, ha sido la prensa, por mucho tiempo, el único gran elemento informativo de la humanidad. Y ya en nuestra época, la técnica ha ido regalando al hombre, sucesivamente, otros tres grandes y a cual más asombrosos elementos de información: el cine, la radio y la televisión. Si la prensa pudo ser llamada un día «el cuarto poder», el cuarto de estos grandes elementos informativos —por su orden de aparición cronológica en la gran escena del mundo— se está convirtiendo hoy en el primero por su enorme fuerza expansiva y atractiva y por la diversidad de opiniones que en sus pocos años de existencia ha suscitado. La realidad es que a nadie que se ocupe o preocupe por los problemas vitales y educativos de la humanidad, en su presente y, sobre todo, en su futuro, puede resultarle indiferente la televisión.

Si el cine se presentó como un nuevo espectáculo a la vez que como una nueva y diferente expresión artística; si la radio asombró al mundo como el medio difusor más sorprendentemente rápido y universal, la televisión que, en cuanto elemento informativo, participa de aquél y de ésta, cuenta además con una característica distinta: la de irrumpir no sólo con la voz como la

radio, sino también con la imagen, en el hogar, en la intimidad de cada hombre. La televisión, por este mero hecho, se presenta como un problema vital y educativo de muy peculiares y complejas características, y cuyo impacto social tiene mucha mayor trascendencia de la que pueda parecer a simple vista.

Es aún de creación muy reciente para que nos podamos formar una opinión exacta y firme sobre los hábitos, actitudes y reacciones de los telespectadores y sobre los efectos e influencias de la televisión en la vida y en la educación de las actuales y de las futuras generaciones. Pero si creemos no sólo posible, sino necesario e incluso urgente, enfrentarnos reflexivamente ante el problema. Por hoy, en este artículo, no pretendemos más que exponer algunos aspectos y consideraciones generales.

LA TELEVISION

Y LOS TELESPECTADORES

Sin duda alguna, la principal y más destacable de las características de la televisión es su cualidad *absorbente*, es decir, el hecho de imponerse a los ojos y a los oídos a un mismo tiempo, penetrando así en la propia intimidad de cada cual, metiéndose en el hogar como un elemento atractivo y dominador, tanto más cuanto menor sea la personalidad de quienes lo constituyan. En este sentido —como observábamos antes— va mucho más lejos que la radio —la cual, desde hace años, viene invadiendo todos los rincones y hogares del mundo—, porque la televisión se nos adentra también por los ojos. Y esto mismo le da otra nueva dimensión: de medio informativo pasa a ser, además, espectáculo. El hombre actual, que, raras veces, hace de su casa un verdadero hogar, la ve convertida, por obra y gracia de la televisión, en una sala de espectáculo. Y él

* Dada la importancia y la actualidad del tema, la REVISTA DE EDUCACIÓN presenta en este número dos trabajos sobre las posibilidades de la televisión como instrumento al servicio de la enseñanza. Problema muy debatido, estamos seguros que nuestros lectores sabrán apreciar su trascendencia colaborando en el esclarecimiento de las muchas cuestiones que se le plantean al educador y a los padres con el uso de este medio tan generalizado de difusión. La REVISTA DE EDUCACIÓN agradecerá cuantos trabajos se le envíen con este propósito.

se convierte de pronto en espectador en su propia casa, en sus horas de intimidad. Ya no tiene tan sólo, como con el receptor de radio, las voces y los sonos del mundo; posee ahora también, con el televisor, sus imágenes; desde el comedor o el cuarto de estar, simultaneándolo con la comida o el ocio casero, puede «asistir» al entierro de un gran personaje, a unas bodas reales, a un partido de fútbol, a una función de ópera o a un episodio bélico en todas y cada una de las cinco partes del mundo, e incluso «acompañar» a un astronauta en sus lanzamientos espaciales... El hombre actual, que, gracias a la televisión, se extiende todavía más por el ancho mundo y se asoma incluso a las nuevas cápsulas-cohete exploradoras de los dominios espaciales, se desinterioriza. Aunque ante el televisor vea y oiga las imágenes y las voces del mundo, en realidad va perdiendo cada vez más su contacto directo, íntimo, personal, con la vida, porque toda esa inmensa amplitud de espacios a los que se asoma con el televisor van minando dentro de él su propia interlorldad, contribuyendo poderosamente también al proceso actual de masificación o despersonalización del individuo. Porque, como observa un pensador actual (1), «la actividad humana se mecaniza en la medida en que es esclava y tributaria del aparato», ya que «siendo una actividad viva por naturaleza y pletórica de profunda vitalidad, pierde este carácter y se desarrolla cada vez más, según reglas fijas y normas previamente calculadas».

USO Y ABUSO DE LA TELEVISION

Si se hiciera una encuesta para saber por qué se ve y se oye la televisión, probablemente las contestaciones, en mayor o menor proporción, se podrían encuadrar en estos cinco grupos:

- 1.º Por su atractivo de invento reciente.
- 2.º Porque está de moda.
- 3.º Porque es de buen tono poseer un televisor y porque ya lo poseen nuestros amigos o vecinos.
- 4.º Porque distrae.
- 5.º Porque los niños están más quietos en casa.

Tal vez se podría añadir alguna respuesta en la que se dijera: «Porque me gusta». Pero es lo más probable que casi en el cien por ciento de los casos se adquiriera un televisor no sólo sin saber, sino ni siquiera sin haberse planteado la cuestión de si la televisión gusta o no. He aquí, sin duda, otro de los aspectos característicos de la masificación o despersonalización actual. Y, como consecuencia, el que se vea y se oiga la televisión, las más veces —aunque parezca paradójico— por un impulso esencialmente pasivo: el de estar entretenido. Esto explica, por ejemplo, que en los Estados Unidos —el país que, seguido

de Inglaterra, Canadá y la URSS, posee más televisores en la actualidad— pasara de 17 millones de aparatos en 1952, a 35 en 1955 y a 50 millones a fines de 1959; es decir, poco más o menos, la tercera parte del número de sus habitantes.

¿Quién prefiere la televisión? Ya hace diez años, la oían y veían en Inglaterra, en un 65 por 100. los grupos de tipo medio modesto, dentro del nivel social y económico de dicho país, especialmente las familias numerosas, atrayendo sobre todo a los niños y a los jóvenes. Familias todas ellas que salen menos de casa, aunque se acuestan mucho más tarde que las demás, y que abandonan el cine y la radio, y en un 42 por 100 también la lectura ante la irrupción de la televisión. Según otra encuesta realizada en Estados Unidos ese mismo año, las familias de telespectadores norteamericanos pasaban, ya en 1952, cinco horas y media al día ante su aparato, figurando como víctimas propiciatorias de tan repentina y vehemente inclinación hacia la televisión, y por este orden, la radio, el cine, la lectura de periódicos y revistas y la lectura de libros. En esa encuesta, un 49 por 100 de consultados declaró que había dejado en absoluto de leer; un 16 por 100, que leía menos, en tanto que el 35 por 100 restante afirmó que no había modificado sus horas de lectura. Es curioso, además, el hecho de que los telespectadores hagan compatibles a la vez —igual que en Inglaterra— otras muchas cosas: no sólo comer o beber, sino coser y arreglar a los niños las amas de casa, y los varones, incluso leer, en un 25 por 100 (2).

Otra estadística mucho más reciente (3) demuestra que los niños norteamericanos participan de la televisión, ya desde los dos años de edad, en la proporción del esquema siguiente:

	Porcentaje
De dos años de edad	14
De tres años de edad	37
De cuatro años de edad	65
De cinco años de edad	82
De seis años de edad	91
De siete años de edad	94
De ocho años de edad	95
De nueve años de edad	96

En términos generales, el 16 por 100 de los niños estadounidenses participan de la televisión cuatro horas diarias como promedio. Sin embargo, se observa que el prestigio de la televisión declina considerablemente entre los niños de los cursos o grados escolares más altos a medida que va aumentando a la vez en ellos su afición por los periódicos y las revistas. Este hecho ha movido a decir a un educador norteamericano: «No creo que los niños estén enteramente satisfechos

(2) Cfr. CHARLES A. SIEPMANN: *Télévision et éducation aux États Unis*. París, Unesco, 1952.

(3) Cfr. W. SCHRAM, J. LYLE, E. B. PARKER: *Television in the lives of our children*. Stanford University Press, 1961. Cfr., además: HIMMELWEIT, OPPENHEIM, VINCE: *Television and the Child*. Londres, 1960; UNESCO: *La información en el mundo*. Prensa. Radio. Cine. Televisión. París, 1956.

(1) Cfr. PHILIP LERSCH: *El hombre en la actualidad*. Madrid, Edit. «Gredos», 1958.

de la televisión.» Del mismo modo se ha observado en Inglaterra que cuando los niños alcanzan cierta madurez, la televisión no les interesa o les agrada menos.

LOS PROGRAMAS DE TELEVISION

Donde radican los graves problemas de los medios de información—muy especialmente, del cine y de la radio y, sobre todo, de la televisión—es en su aspecto comercial.

Si la televisión, por su propio carácter, es un elemento atractivo y absorbente, en cuanto organización comercial, está sujeta a reiteraciones, a programas estereotipados y, con frecuencia, a un nulo o muy bajo nivel cultural. De ahí que, muchas veces, su impacto social y educativo se pierda en la ineficacia o incluso llegue a ser contraproducente.

Si además de «hablar al vulgo en necio para darle gusto»—como ya decía Lope de Vega—es preciso hablarle y cantarle y ofrecerle imágenes televisadas continuamente para entretenerle a lo largo de casi todas las horas del día, no habrá noticias o hechos de actualidad ni ideas ni actividades artísticas de calidad suficientes en el mundo con que llenar de programas originales e interesantes tantas horas de programación, las que por otra parte, habrá de rellenar—y las razones económicas son obvias—con anuncios y anodinos espacios comerciales.

El contenido de los programas de la televisión comercial en los Estados Unidos, durante 1960, se desglosa en los aspectos y proporcionalidad siguientes:

	Porcentaje
Programas cómicos.....	18
Películas del Oeste.....	13
Películas de crímenes y policíacas.....	11
Películas de temas diversos.....	10,50
Danza y música de baile.....	10,50
Comedias.....	10,50
Noticias.....	7,75
Películas de golpes y estacazos.....	5
Aventuras.....	3
Películas de viajes.....	2
Dramas.....	1,50
Música clásica.....	1,25

La enunciación de temas y su proporcionalidad no puede ser más expresiva del bajo nivel cultural—incluso chabacano y de pésimo gusto, dando entrada a la violencia y la truculencia—de tales programas comerciales. Según el doctor Wertham, pueden calcularse en unas 17.000 las muertes violentas que se ven cada año en los programas comerciales estadounidenses de televisión.

Como feliz contraste, hay ya en Estados Unidos medio centenar de comunidades que poseen emisoras de televisión educativa, sostenidas por donativos de la respectiva comunidad, por las escuelas o las Universidades. Estas emisoras no comerciales (entre ellas, las de San Francisco

y Rocky Mountain) ofrecen a los hogares norteamericanos cursos de estudios muy diversos (críticas de libros, charlas sobre filosofía, historia, ciencias, problemas sociales, etc.) de indudable interés y eficacia. En las escuelas norteamericanas, la televisión se emplea con dos fines: como un instrumento educativo incidental (en el que las ciencias ocupan el primer lugar, seguidas del Derecho, la Historia y la Geografía y, en menor proporción, de la Música, la actualidad, la literatura inglesa y las Artes plásticas), o bien como un medio para estrechar las relaciones públicas, ofreciendo en los padres y a los maestros los modernos sistemas y métodos pedagógicos. En cuanto a la enseñanza superior, ofrece el mayor interés, por ejemplo, la aplicación de la cirugía. Así, muy diversas operaciones quirúrgicas de importancia son televisadas, permitiéndose el conocimiento de nuevas técnicas a los especialistas de todo el país y a los estudiantes de Pennsylvania, Chicago, Harvard y otras Universidades. Las emisiones educativas disponen, sin embargo, solamente del 12 por 100 del total de frecuencias utilizadas para la televisión del país.

En Inglaterra, la BBC, que en opinión de uno de sus más altos dirigentes debe ser un servicio nacional de información, de educación y de recreo, realiza especialmente programas informativo-recreativos y otros de vario carácter, pero en los que se da entrada a emisiones de elevado nivel artístico y cultural (teatro clásico y moderno, ópera, ballet, exposiciones, etc.). Dedicaba también emisiones especiales para niños, y actualmente, los sábados por la mañana, programas de temas científicos y educativos de verdadero interés y calidad, los cuales pueden verse en determinados centros docentes y culturales, bibliotecas, etc. Pero, a pesar de este mayor nivel de la televisión inglesa, he visto también recientemente en Londres y otras ciudades inglesas—más que de la BBC de la otra emisora nacional, la TV Independent—no pocos programas y películas anodinos, hechos, en realidad, a la medida del hombre de la calle.

EFFECTOS DE LA TELEVISION

Diferentes técnicos y especialistas se vienen ocupando, sobre todo en Estados Unidos e Inglaterra, de los efectos que un uso excesivamente continuado o inmoderado de la televisión puede producir, sobre todo en los niños. Aunque es difícil generalizar, pueden sintetizarse en los siguientes aspectos:

Físicos.—Perjuicio para la vista, sueño, fatiga.

Emocionales.—Excitación, miedo, tensión nerviosa.

Morales.—Pasividad ética, quebrantamiento del orden y disciplina familiares por el deseo infantil de dedicar a la televisión horas propias del sueño o del estudio; intensificación, a destiempo, de la precocidad infantil, por estimular la inclinación

a la violencia e incluso a la delincuencia, en ciertos casos.

Psíquico-intelectivos.—Disminución o rebajamiento del gusto, por fomentar la evasión hacia lo fácil y, a veces, hacia lo chabacano o violento; disminución del hábito de la lectura; mejor y más amplia información general, antes como elemento sugeridor que como estímulo de la actividad creadora; ninguna o escasa influencia sobre el rendimiento escolar (4).

De aquí el que se hayan suscitado muy diversas opiniones. Desde la de un conocido profesor de Chicago que, ante la irrupción creciente de televisores, teme que llegue un momento en que el pueblo norteamericano no sepa leer ni escribir y lleve una vida meramente pasiva, hasta la de aquellos padres para quienes la televisión es una panacea mecánica inestimable, al retener a los niños en casa, evitando con ello el riesgo de su vagabundeo por las calles.

Es cierto que la televisión proporciona una vasta panorámica de noticias, actividades e imágenes que producirá generaciones mejor informadas, ya que es un excelente elemento sugeridor de cosas y una amplísima ventana abierta al mundo, transportando al telespectador no sólo al estudio de una emisora, sino a la vida real en sus más variados escenarios naturales. Pero esta misma facilidad, presentándole a cada momento la vida como un espectáculo continuo, ofrece el peligro de acostumbrar al hombre a ser un elemento pasivo, por anular en él o disminuir hábitos de trabajo, de actividad e iniciativa, a la vez de restarle horas de lectura, meditación y conversación.

Por otra parte, se ha insistido mucho en una de las cualidades que figuran entre las más positivas de la televisión: la de acentuar la vida familiar. Pero esto sólo es exacto en el sentido físico o material de congregar en torno a un televisor a los miembros de una familia, pero no en el más importante aspecto espiritual de fomentar—ya que la continuidad ininterrumpida de voces e imágenes rompe o evita el diálogo—la verdadera convivencia, basada en la conversación y el intercambio de ideas o apreciaciones que, ante un televisor, sólo podrán referirse en muchos casos a menudas o muy superficiales circunstancias.

CONSIDERACIONES FINALES

Hemos basado, de intento, estos aspectos y breves reflexiones en encuestas y estadísticas de Estados Unidos y en la propia y directa observación en Inglaterra, por ser los dos países de ma-

yor arraigo, extensión e influencia de la televisión desde sus mismos comienzos.

En el nuestro la experiencia es aún lo bastante corta y reciente para poder formular aún juicios precisos. Sin embargo, se pueden prever análogas reacciones y, en determinados aspectos, idénticas influencias.

¿Por qué no pensar detenidamente en la evitación de peligros ya planteados en otros países? Para ello creemos que hay gran posibilidad de soluciones. Entre otras, nos permitimos sugerir las siguientes:

Primera. Los programas de televisión no deberían ser en exceso largos ni continuados por estas dos razones fundamentales:

a) Porque al tener amplitud o duración reducida se podría pretender una mayor selección y depuración temática, mayor dignidad, más alta calidad artística y cultural, dedicando, por otra parte, más adecuada proporcionalidad en los diversos programas informativos, recreativos y educativos, entre los que habían de ocupar importantes espacios los infantiles.

b) Porque se contribuiría así a que el público no recayera en el abuso de la televisión, sino en un uso equilibrado y prudente de la misma, que permitiera una tregua para la lectura, el reposo meditativo y la conversación, hoy prácticamente eliminados allí donde la televisión ha alcanzado máximo desarrollo.

Segunda. Los centros docentes y culturales no sólo deberían cooperar con su asesoramiento, orientaciones y colaboraciones a la mejor realización de programas educativos de televisión, sino a su mayor difusión mediante la instalación de receptores en la medida de lo posible.

Los padres deberían procurar no sólo que sus hijos pequeños participen nada más que de los programas a ellos destinados y a otros que les resulten accesibles y convenientes, sino a usar de la televisión con moderación de horas y de continuidad, esto es, con un equilibrio inteligente.

Cuarta. Los científicos, los artistas, los críticos literarios, de arte y de música y, muy especialmente, los educadores deberían ocuparse más a fondo y con mayor frecuencia de estos problemas de la televisión, brindando sugerencias e iniciativas que contribuyeran a una progresiva elevación de nivel en los programas, a la vez de aleccionar o educar a la masa de telespectadores más necesitados de orientación.

* * *

Corremos el peligro del deslumbramiento—un tanto primitivo y simplista—ante los prodigios y maravillas de la técnica y de la máquina.

La televisión, que como invento es algo verdaderamente portentoso; que como elemento informativo y educativo puede reportar indudables beneficios si sus programas son inteligentes y

(4) En Inglaterra, sin embargo, parece deducirse que los niños que poseen en su casa televisor rinden menos en la escuela que aquellos otros que no lo tienen, y que la televisión beneficia más a los niños pequeños que a los mayores, no tanto como fuente de conocimiento que como ayuda complementaria.

adecuados y si se usa de ellos con moderación, viene siendo hasta ahora como un juguete de moda, que atrae y deslumbra, pero del que se abusa inconscientemente, pasivamente. Por otra parte, la televisión comercial abusa también del público, puesto que no lo eleva y le adula, por el contrario, fomentándole lo fácil, lo anodino y aun lo truculento.

Es preciso, pues, que todos reflexionemos un poco. No compremos televisores porque tengamos dinero para ello y porque lo tienen ya nuestros vecinos o amigos. No toquemos a todas horas el botón del televisor por inercia o pasividad. Veamos antes, y aun procuremos, si todos los programas son dignos de tan maravilloso invento y de nosotros los hombres, beneficiarios suyos.

La técnica y la televisión al servicio de la enseñanza

DAMIAN ESTADES RODRIGUEZ

Jefe de la Sección de Estudios y Documentación de la Secretaría General Técnica del MEN.

La técnica se viene introduciendo, en todas las actividades del trabajo humano, siguiendo el principio del máximo resultado con el menor esfuerzo posible, y de ella no podían estar excluidas la enseñanza, la instrucción y la cultura, porque en el campo de la productividad constituyen una insospechada fuente de riqueza y en el de las relaciones humanas un acercamiento de las distintas razas y una convivencia social y espiritual en el orden internacional.

En la actualidad todos los países ponen especial empeño en crear, con auxilio de la mecanización, nuevas formas, métodos y procedimientos pedagógicos y se afanan en llevar la enseñanza a los lugares más recónditos y apartados de los núcleos urbanos, por difíciles que sean los accesos y los medios de comunicación.

Así ha surgido la teoría de la «normalización de la enseñanza», la que, en líneas generales, pretende los siguientes objetivos:

- a) Mejorar la técnica de la enseñanza en los maestros
- b) Dotar a la enseñanza de los modernos instrumentos y elementos de trabajo.
- c) Combatir el analfabetismo.
- d) Ampliar y facilitar la instrucción, comprendiendo en ella los conocimientos indispensables requeridos por los avances de la cultura.
- e) Extender planes pedagógicos de niveles adecuados a los países subdesarrollados.
- f) Formar al escolar adecuadamente en un plano de mayor igualdad y extensión, suministrándole los conocimientos en forma regular y progresiva.

g) Descubrir las cualidades, tendencias y vocaciones de los escolares y por medio de ellas llegar al acoplamiento debido en los puestos de trabajo.

h) Nutrir los cuadros humanos en las actividades de la productividad según las necesidades, la formación, el perfeccionamiento y la capacidad profesional.

i) Conseguir por medio de la enseñanza elevar el índice de las rentas nacionales y, finalmente, entre otras, simplificar los medios educativos; ahorrar tiempo y esfuerzos; hacer sencillas, agradables y racionales las imperiosas obligaciones de enseñar y aprender; aplicar con equidad y justicia los beneficios del fondo del principio de igualdad de oportunidades y por él facilitar el acceso a los estudios superiores a quienes demuestren suficiencia y capacidad, evitando así la pérdida de valores humanos por falta de recursos o medios.

Se pretende, en fin, sustituir los pobres, rutinarios y ya anticuados procedimientos educativos por otros más modernos, perfectos y mejor dotados, acomodados a las exigencias actuales; crear nuevos sistemas escolares y pedagógicos para que de ellos se beneficien las aldeas más apartadas y demasiado pobres que carecen de medios educativos o éstos sean deficientes y las demás puedan contar con elementos e instrumentos educativos reforzados que nunca tuvieron a su alcance, reconociendo y revalorizando así la personalidad y la dignidad del escolar y del maestro.

A tan elevados fines, desde hace no muchos años, se viene empleando en la lexicología y tec-